

sobre todo, lo de mónstruo disforme, que es albarda sobre albarda.

Sigue el monje:

la opresión, el odio,
la injusticia, el error, es quien pasea...

¡Son señor mío, son! aquí no hay escape (ni antes tampoco) la opresión, el odio, la injusticia y el error son cuatro, es decir, plural, luego el verbo ha de estar en plural. Son, son y siempre son. ¿Pero vamos á ver qué es lo que pasean?

es quien pasea
de cruz en cruz al sempiterno Cristo
de la Verdad.

¡Cristo Padre! ¿Cree V. que Abelardo escribía Verdad con mayúscula, no siendo en principio de dición? Con que el Cristo de la Verdad, es decir, un Cristo que no es el otro; un Cristo mejor que el otro, el de la Verdad... Abelardo firé un poco hereje, pero no tanto, señor, no tanto.

Además, eso de pasearle á uno de cruz en cruz, indica que V. no sabe lo que es pasear ó ignora lo que son cruces.

Sigue Abelardo (siempre patas arriba en su

áspero sendero de los Alpes, y á todo esto oscureciendo y sin buscar posada. Peor para él).

Oh fanatismo, desgreada Furia
cómplice *audaz* dé los que el mundo oprimen,
ciego huracán que anubla la conciencia,
engendro del error y la demencia
insensata virtud, madre del crimen.

Paradojas criminales son esas indignas de Abelardo. Con que el fanatismo que es una Furia mal peinada y engendro del error ¿es una virtud? ¿y hay virtudes insensatas y madres del crimen?

Por menos que eso, por mucho menos, por nada, lleva á la cárcel á cualquiera el Sr. Villaverde, Gobernador de Madrid.

No quiero decir á ustedes que á un Concilio el señor Abelardo lo llama *rigida* asamblea. Adelante.

Y ahora el monje—que sigue echado á la larga en el sendero áspero—se pone á describir el lugar en que se celebró el Concilio, y hablando solo y todo empieza á decir:

el muro
desde las cimbras *de tisú* colgado...
con pompa deslumbrante *aunque* severa;
de los blandones en el bronce oscuro
la cera ardiendo, el Crucifijo á un lado.

Sí, Sr. Ferrari, parece que se está viendo, ¿pero es natural que un hombre que muerto de cansancio y descripciones se echa en medio de un camino, porque no puede más, se ponga á decir á gritos á los Alpes que los blándones de una iglesia eran de cera y que la cera estaba ardiendo por más señas?

También dice Abelardo que el muro estaba colgado de tisú desde las cimbras. Puede. Yo no estaba allí; pero extraño tanto lujo. El tisú está hecho de plata y oro y se necesita mucho oro y mucha plata... En fin, puede ser, puede ser... Cuando él lo dice.

Doy otro brinco. Llegó á donde dice

Calló.

¡Dios le oiga á V!

Calló. La luz del *fatigado disco* sepultaba ya el sol en el ocaso

(¿Ve V. como estaba oscureciendo?)

traspasando la cúspide de un risco
(*consúltese la historia de un tal Prisco*
acerca de este ripio á que me *arrisco*).

Terminada la descripción del crepúsculo (no

sin haber antes parado el sol varias veces) el señor Ferrari la emprende con la descripción de las primeras horas de la noche; aunque no sé si sigue el crepúsculo todavía, porque no se entiende bien todo esto. Ello es que

Comenzaron á oirse *esos* rumores,
esos múltiples ruidos que un momento
preceden de las noches al reposo;

Usted dirá: *ruidos múltiples*, *rumores* los hay de noche también; ahora no sé si son *esos* que usted dice. A ver:

ladrar de perros, cánticos lejanos,
esquilas de ganado perezoso
volviendo á sus apriscos por los llanos.

Pues sí señor; ladrar de... de perros (claro, de perros, siendo ladrar...) se oye también de noche. ¿Nunca ha oído V. decir que los perros ladran á la luna? Y sobre todo... que ladran de noche. Los he oído yo. Pero según el Sr. Ferrari, el *ladrar de perros* no dura más que un momento. Eso será en Valladolid. En las demás partes los perros, los de la aldea sobre todo, ladran muchos momentos, casi toda la noche. ¡Hay cada mastín!

cánticos lejanos

También de noche hay quien cante de cerca y de lejos, según donde esté el que canta y el que oye.

esquilas de ganado,

Eso ya no; esos múltiples ruidos que consisten en *esquilas de ganado* no los conozco yo. Las esquilas que yo he visto no eran rumores, eran... esquilas.

Además esas esquilas que son ruidos han de volver á los *apriscos por los llanos*, según Ferrari. Por lo visto, si no va el ganado por los llanos ya no sueñan las esquilas.

Pues en los Alpes (donde estamos) no siempre irán los ganados por los llanos á su aprisco. ¡A mí que se me figura que el Sr. Ferrari confunde los Alpes con Tierra de Campos!

Más descripción:

las *capas de la atmósfera* serenas
hendía el humo al ascender *ligero*.

Eso no tiene perdón de Dios. Un poeta *descriptivo* que no ha reparado que en una tarde de Mayo tranquila como la de su canto, el humo de la cabaña no asciende ligero, sino lento, perezoso, ese

poeta no lo es; no ha visto cabañas, ni humo, ni nada.

¿Y eso de hendir las capas de la atmósfera? Prosa, impropiedad de lenguaje... todo lo malo que ustedes quieran. Francamente, ya se me va acabando el buen humor.

al ascender ligero
desde el hogar, donde crugiendo el tuero

Ese tuero es del Sr. Núñez de Arce; es un tuero *recalentado*.

se calentaban las humildes cenas;

(Anfibología se llama esta figura).

y guiados por él, los campesinos

¿Guiados por quién? ¿Por el hogar?

tornaban de sus *útiles* faenas

(Ese verso es de la Sociedad de Amigos del País).

por las ágrías veredas y caminos

¿Caminos ágrías? ¡Otra vez la Gramática! Lea usted la de la Academia y verá que los nombres masculinos nunca pueden ceder la concordancia á

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTEL"
CALLE DE SAN DOMINGO, MEXICO

los femeninos. Será poca cortesía, pero es así. No crea V. por eso que se puede decir

por los ágríos veredas y caminos,

Eso estaría peor, si cabe. Pero sí estaría bien (salvo el llamar ágrío á un camino)

por los ágríos caminos y veredas

Y sigue el *describidor*:

en el hombro la azada

Al hombro ó sobre el hombro estaría mejor.

y los cantares
en el labio jovial, con que divierten
la ardua fatiga.

Buena fatiga me va á costar á mí desenredar todo esto: 1.º, ardua fatiga no está bien; 2.º, ¿con qué divierten la fatiga? Según V., con el labio jovial; V. quiso decir con los cantares, pero no lo dijo; *además*, con los labios se silba, pero cantar con el labio, aunque sea jovial el tal labio, crea usted que ha de costar trabajo...

con que divierten
la ardua fatiga, ó su regreso advierten
á las queridas prendas familiares.

¡Dios de Israel, qué manera de hablar! 1.º, parece que el regreso que advierten es el de la fatiga; 2.º, ese *ó* es tan prosáico y tan inútil como el de antes; ¿no podrían advertir eso que V. dice, y al mismo tiempo divertir la fatiga? 3.º

á las queridas prendas familiares,

es la manera más ridícula de hablar de los hijos y de la mujer, por ejemplo de *prendas*.

¡Prendas familiares! Eso debiera quedar en el vocabulario de la *cursilería*. ¡Ni Proudhomme!

Poniéndose de pies el religioso

¿Ven ustedes como decía yo bien? Todas aquellas cosazas de progresista y de poeta ridículo las había dicho el pobre hombre echado á la larga en la *ágría vereda*.

¡la noche! dijo, y revolvió azorado
en torno suyo la mirada

¡Claro! ahora se irrita porque no tiene posada y va á pasar la noche al raso. Si en vez de pararse á insultar á los viejos Alpes y al Cáucaso y á recordar el pábilo de los cirios, hubiera apretado el paso... no se vería en este trance.

Ahora él mismo describe (siempre describiendo) la noche toledana que le espera.

Helado aquí de soledad, de frío...

Helado de frío es un pleonasma de muchos grados bajo cero; pero helado de soledad es un disparate que tiene el mérito de la novedad.

Helado aquí de soledad, de frío,
sobre un duro peñasco la cabeza
¡cómo en el alma pesará el vacío!

¡Qué humor gasta el Abelardo del Sr. Ferrari!
¡No tiene dónde dormir, y todavía le lleva el genio
á buscar paradojitas cursis y hablar del peso del
vacío!

Pero *además*, ¿qué necesidad tenía de apoyar la
cabeza sobre un peñasco? ¿No le gusta esa almohada?
Pues deje V. el peñasco. Otro sí, parece que
por apoyar la cabeza en un peñasco pesa más el
vacío del alma.

Mire V., Sr. Ferrari, se lo digo con toda
formalidad, tantos absurdos dan ganas de blasfemar.

Y de este modo el caminante hablando
comenzaba á alejarse á la ventura.

¡Ya era tiempo! Y aunque no hacía más que
comenzar á alejarse, menos mal; todo es empezar.
Pero al fin suena la *cadenciosa* voz de un campe-

sino, y el caminante corre á albergarse en el
convento que le sale al paso.

Más ¡oh pícara afición á las artes!

Corrió, llegó; de los sillares rudos
contempló la labor, toscos caprichos
en que alternaban tréboles y nichos,
trofeos, mitras, ángeles y escudos...

¡Pobre Abelardo, puesto en ridículo por el señor
Ferrari! Parece un turista de esos que andan por
el mundo fingiéndose enamorados de todos los pe-
druscos célebres. Mire V: que estar en el apuro en
que él estaba y pararse á contemplar todas esas
mitras y ángeles y tréboles...

¡No está mal trébol el Sr. Pedro Abelardo!

llama, *por fin*, (¡ah!) á la maciza puerta,
que giró rechinando al ser abierta

Esto es un *colmo*, como se decía años atrás.

¿Qué había de hacer la puerta sino girar al ser
abierta, y qué tiene de particular que la puerta de
un convento rechine? ¿Era eso para contado?

¿Cree V. que sólo en el siglo XII rechinaron las
puertas?

Tiene esa puerta *color local* ni *sabor de época*.

Pero, á ver cómo se abría la puertecita dichosa:

Con un *premoso* movimiento tardo

¡Precioso y *premoso* dato para la historia de las puertas, los portales y los portillos! Cuánto mejor es aquello de

Abreme la puerta,
puerta del portal...

Y por último.

¿Quién es? entonces preguntaron dentro:
y adelantando del umbral al centro
el monje respondió: — Pedro Abelardo.

O sea ¡este es gallo! como el del pintor de marrras. Sí, señor Ferrari, es la triste verdad. Ese monje lo mismo podía ser un loco escapado de un hospital que el Sr. D. José Velarde, que no es loco, ya lo creo que no, pero que describe como usted; ó bien el obispo de Pentapolis; podría ser cualquiera. Es Pedro Abelardo; corriente, basta que él lo diga; pero crea V. que es... por una casualidad.

Y estamos á la mitad del poema y no sabemos más que lo que consta en el proceso.

¡Tres versos para decir cómo gira una puerta, en un poema de sesenta y ocho páginas en octavo!

Treinta y tres páginas para llamar á la puerta de un convento; todos los disparates de autos para conseguir que nos abran una puerta! Es demasiado; usted convendrá en ello.

Y, francamente, yo no tengo valor para entrar con Pedro Abelardo.

Estoy cansado. He escrito 31 cuartillas, es decir, tanto como V. y todavía no he llegado al segundo canto...

No hago más que asomar la cabeza al canto segundo susodicho, y encuentro que empieza así:

EL DRAMA

Al pie de un sauce que la verde alfombra
del jardín Abacial recorta *oscuro*
con una mancha de oscilante sombra...
guarnecido del viento por el muro
y alzado sobre el suelo en dos puntales.

(Deliciosos puntales).

hay un banco de piedra mal seguro
que cerca un doble soto de zarzales...

¡Basta, basta! No asamos y ya pringamos. La descripción de ese banco mal seguro, y la de ese sauce que es oscuro, él, el sauce, en vez de serlo

su *oscilante* sombra, me han quitado el deseo de pernoctar con Abelardo en la Abadía.

Pero, en fin, otro poco.

es el paraje plácido y *desierto*;
perturban sólo su *quietud* amiga
los bulliciosos pájaros del huerto,
y entre el ramaje, que su ardor mitiga,

¿El ardor de los pájaros? no.

pasa un rayo de luz que el suelo dora,
donde crecen el *árgoma* y la *ortiga*.

¿En dónde crece el *árgoma*, en el suelo ó en la luz? Pero aparte de eso, vaya un paraje plácido y un jardín lucido ese donde crecen *árgomas* y *ortigas*.

¿Sabe V. lo que es *árgoma*? Así sabe el Sr. Ferrari lo que es el *árgoma* y donde nace como el señor Velarde sabía lo que era *lentisco*.

El lector comprenderá que yo no puedo seguir copiando todos los versos del poema, esto sería despojar al autor, hacer una edición fraudulenta de su libro.

Pero, *considerando* los *dislates* que anteceden, no dudo que se me creará si, bajo palabra de honor, digo que en el resto del poema no abundan menos.

Pasemos rapidísima revista á unos pocos.
Al oscurecer lo llama las *exequias de la tarde* ¡Puf!
Habla después de *recuerdos yertos* (pág. 38, verso 3).

Llama al mediodía de la vida

conjunto de la tarde y la alborada (pág. 39)

Dice en la pág. 40.

en esta edad porque la mente *explayo*
fué cuando el alma á la pasión que *abriga*
se abrió cual planta que *florece* el Mayo

¡Florece, verbo intransitivo *me lo transitiva* el poeta que se *explaya* la mente y *abriga* pasiones.
Corramos, no un velo, sino cuatro!

... *por el viento*
se elevaban los cánticos devotos (pág. 43).

Página 45:

El áspero *chirrido* que producen
las mechas retorciéndose en las llamas.

¡Qué han de producir *chirridos* las mechas! ¡Pero qué afición á ver cómo arden las velas!

Y aquí viene una ocurrencia peregrina. Han de

saber ustedes que Abelardo le está contando C por B al abad del convento todo lo que sucedió en el monjío de Eloisa, y ahora se pone á repetir de memoria el himno que cantaban en el coro. ¿Habrà cosa más ridícula? ¿Cabe mayor falsedad?

EL CORO

¡Oh virgen candorosa
que duermes junto al ara
tu espíritu desvela,
tu lámpara prepara...

Deje V. ahí la lámpara; ya estoy de mechas y de cera y aceite hasta los pelos.

Pero ahora ya recuerdo; ese *coro* ya lo he oído yo...

¡Ah, sí! es sobre poco más ó menos el epitalamio de Férula en *La Casa Blanca*...

Mas coro, ¡qué diablo!

CORO

Ven, ven á tu himeneo,
mi dulce bien amada,
de lluvias y de nieves
ya la estación pasada

la tórtola se alegra
cantando en el alcor.

Que alcor ni que castañuelas. ¿Qué tiene que ver el monjío de Eloisa con que cante ó no cante la tórtola en el alcor? ¿ni con que haya pasado el invierno ó no? ¡Que ni en la iglesia ha de dejar el Sr. Ferrari su afición á la meteorología! Esto de describir á troche y moche ¿no comprende que raya en obsesión?

Este es el *bello tiempo*
propicio á los amores...

¡El bello tiempo! ¡Señor! ¡si parece que estamos leyendo el folletín de *La Correspondencia*!

¡Ay, ay, Sr. Ferrari, esto es mucho bajar!
Paso al canto tercero.

TRÁNSITO

Abelardo se despide del mundo y sus pompas y poemas con un discurso, que parece un manifiesto electoral de Taviel y Andrade.

Después de manifestar que para decir que un monje abra una ventana, el escritor dice «*abre la ojiva*», paso á copiar los disparates más *salientes* y más *reentrantes* del discurso del Sr. Abelardo.

La humanidad despéñase sin guía.

 de los hombros
 del decrepito Atlante se desvía

 de una fe nueva
 la historia el feto en sus entrañas lleva.

(¡Hasta obstetricia!).

Esto que viene es bueno:

mientras te embriagas en el torpe lecho,
 llamando está á tus puertas el Derecho (1).

Esto parece de un discurso de Romero Robledo
 en la Academia de Jurisprudencia, cuando *está ha-*
ciendo de sabio.

aquellos grandes días genesiacos.

(Esto parece de cualquier imitador de Castelar).

en que bajan del cielo *los Mesías*.

¡Hombre, hombre! Abelardo hablando de Me-
 sías en plural! ¿Qué idea tiene V. de Abelardo? A

(1) ¡Dios de Israel! Este verso me recuerda *el viento de las*
circunstancias que inventó el Sr. Cánovas en un rapto de li-
 rismo.

no ser que aluda á la familia de los Mesías que
 figuran en *Gil Blas*, por ejemplo!

el vergonzoso polvo de la gleba.

Y todo es así. No faltaba más que terminara la
 arenga diciendo:

«Caeré del lado de la libertad».

Ó

«¡Radicales, á defenderse!»

¡Ay, Sr. Ferrarri... todo eso es demasiado malo!
 Pero tate, que ahora recibe Abelardo carta de
 Eloisa, y

el conocido nema
regó con una lágrima suprema.

¡Menuda lágrima sería, que sirvió para regar un
 nema!

La carta era ¡ay! de la mujer sublime.

¡Sí, sí! *La carta era* ¡ay! una serie de tonterías,
 de versos cursis, mucho peores que los de cierta
 poetisa filantrópica, de cuyo nombre no quiero
 acordarme.

Para muestra, basta con un botón.

Sin tí, ¿para qué el canto
 del ruiñeñor, y el céfiro, y la nube?

Basta, basta. Ya que hemos visto la profanación de Abelardo, no presenciemos la de Eloisa.

No bien hubo Abelardo devorado

¡Vaya un giro poético!
Habla el poeta en seguida de

Un tropel de tórtolas posadas.

¡Tropel de tórtolas! Tropel de dislates.
El poema termina con varias preguntas del autor acerca de la muerte y de la vida. Es decir, el final de *Abelardo* es una especie de *requiem* que puede servir para toda clase de difuntos.

No se le ocurren al Sr. Ferrari para concluir su poema, que tiene por asunto tan gran personaje, más que unas cuantas octavas llenas de vulgaridades misteriosas, como las que se le ocurren á cualquier *burgués* (como el Sr. Ferrari, por ejemplo), delante de un muerto cualquiera. «¡Lo que somos! La vida es un soplo, etc., etc.»

Pero al final, lo que se llama el final, dice:

Cuando la aurora con su luz teñía
los *indecisos* términos de Oriente, etc. etc.

No podía menos. El Sr. Ferrari no puede olvidar su *observatorio* meteorológico mucho tiempo.

Viene á ser el Sr. Ferrari el calendario americano de los poetas.

Así como el Sr. Velarde es el calendario agronómico.

Y ahora vienen las notas. Y después nada.

*
*
*

Pues bien; á este poema, *que no tiene nada bueno y muy poco mediano*; que es malo casi todo, pesimo á veces... á este poema han consagrado muchos críticos todo el estrépito de su bombo respectivo; y algunos han roto muchos parches en honor del *Pedro Abelardo*.

Un escritor, amigo mío y ordinariamente discreto, ha dicho que el autor de semejante maravilla, no es ya un poeta, sino *El Poeta*.

Sí; el *Poeta* que describió Horacio cuando dijo:

.....; et fortasse capressum
scis simulare:

(Ni eso; el Sr. Ferrari no sabe pintar el ciprés siquiera).

quid hoc, si frectis enatat expes
Navibus, cere dato qui pingitur?

El Sr. Ferrari podría decir á Horacio que ni Abelardo ni nadie le ha dado á él dinero para pintar lo que debiera, lo que había ofrecido.

Peró replicaría Horacio:

Amphora cœpit
institui: currente rota ¿cur urceus exit?

Eso es; empezó Ferrari á pintar un ánfora, ó sea las aventuras de Abelardo; currente rota, *corriendo los ripios*. ¿cur urceus exit? ¿por qué salió un botijo?

¡Ay! porque el Sr. Ferrari, como el Sr. Velarde, como otros varios, quieren imitar las ánforas de Núñez de Arce... ¡y no saben hacer más que pucheros!

* * *

Ya lo sé: ya sé que el articulito me salió, además de largo y pesado, un poco fuerte; pero de nada de eso tengo yo la culpa. Amigo mío, *sunt lacrymæ rerum*. La culpa de todo la tiene el Sr. Ferrari, es decir, su poema.

Peró ¿por qué ensañarse con una composición tan detestable?

No es por ella; no es por molestar al autor, que suele ser discreto y menos incorrecto; de buen gra-

do alabaría yo al Sr. Ferrari, persona muy simpática.

Entonces ¿á qué viene el artículo?

A combatir los excesos de la crítica, que ha dicho que el *Pedro Abelardo* ponía á su autor á la altura de Campoamor y de Núñez de Arce; á combatir á quien ha dicho que por lo que *respecta á la forma*, Ferrari no tenía necesidad de maestros, pues ya cincelaba como un *Benvenuto Cellini*.

¡Rayos y truenos!

(Vea V. como decía yo que daba gana de blasfemar este poema).

¡Oh, Fígaro! ¡Eterno Fígaro! ¡Tus Batuecas están donde siempre; no se han movido de su sitio!

